

Tribuna
ALTOARAGONESA

Ley de Lenguas. Reflexiones desde Ribagorza

Por F. SALAMERO REYMUNDO

EL problema de las lenguas se presta a todo tipo de elucubraciones, es decir, pueden, según María Moliner, “realizarse muy laboriosamente construcciones intelectuales con poco fundamento científico” pero, según yo entiendo, con posibilidades de dominio político, que desvirtúan sus funciones, y confundiendo deseos con realidad, convierten un aspecto cultural íntimo y personal, en el caso que estamos comentando la lengua, en un instrumento de control, de intervencionismo, de presión.

Se atribuye a Tolstoi el consejo que dice “si quieres ser universal, habla de tu pueblo”, consejo que hago mío y traslado a un pueblo, el mío (Torres del Obispo). Una de las peculiaridades más estudiadas en Liga Ribagorzana ligadas a la Lengua es la toponimia y la antroponimia, que se autorregulan sin necesidad de legalizar, ni dirigir, siendo constante la resistencia del que manifiesta que “mai s’ha dito aixinas” o, por el contrario siempre “s’ha dito aixinas”, manifestaciones cuyo corolario práctico vendría a ser “y que no s’atruvan a cambiamos”.

Permanece lo tradicional y cambia una y otra vez lo oficial, tal y como puede verse en los ejemplos siguientes, utilizando el mismo pueblo, Torres del Obispo, nombre que se impuso al absolutamente olvidado Torres de San Victorián o de San Beturián, mientras sólo en “los papeles” se hablaba de “Torres del Abad de San Victorián”, o Torres del Señor Obispo de Barbastro. Sólo una vez he visto citar este pueblo como Torres del Bispe en un trabajo lingüístico del notable investigador J. J. Saroihandy en su visita al llugá en 1896, y en muchas ocasiones Torres del Bisbe, en publicaciones y trabajos de autores catalanes, pero universalmente aceptado actualmente es Torres del Obispo.

Es muy curiosa la mezcla de topónimos y de lenguas de un núcleo tan pequeño como el nuestro, que exhibe en pocos metros de distancia un Carre de la Fon y una Calle Mayor.

Permítanme todavía dos comentarios más sobre toponimia urbana. Todos los ribagorzos conocen el pueblo de Estés de Arriba y de Abajo, de Dalt y de Baix, de Sus y de Jus, de Suso y Yuso, o de Mon y Chos, pues en todas estas variantes lo hemos oído o visto escrito. ¡Cuántos cuidados, cuánta esplendidez, cuánta cultura se precisará para propiciar un nombre, recuperar, justificar o cambiar otros, explicar el de más allá!

En Torres del Obispo, por ejemplo, mi buen amigo José Villaverde ha demostrado documentalmente que la actual carretera era conocida antes como “Camin dels Gaiteros de Caserras” que explica muchas cosas de gran interés, que no puedo describir ahora por no alargarme demasiado.

Uno de los temas más controvertidos es la aceptación de que en Aragón se habla el catalán, o un Catalán que algunos pretenden reivindicar como Catalán de Aragón, distinto por tanto del Catalán-Catalán o Catalán de Cataluña, que sería o será mejor que el rebautizado como Catalán de Aragón.

Si el Catalán de Aragón sigue las normas del Institut d’Estudis Catalans, sería o será este Catalán de Aragón igual que el Catalán de Cataluña y, por tanto, llámese como se llame, sería en Aragón una modalidad lingüística nueva puesto que se está creando, lo que es un error si consideramos las modalidades lingüísticas “propias” como un legado cultural e histórico que hay que salvar, pero si no se tiene en cuenta que el Catalán de Aragón sería “lo que será, según, cómo, y cuándo”, deberá aceptarse como lengua y como modalidad histórica, pero además puede chocar frontalmente con el Catalán de Cataluña.

Se está propiciando que un hijo hermafrodita sea padre de su padre, o tal vez se está clonando un idioma, pero lo cierto es que, como me decía un agudo agricultor ribagorzano, “ixo no é otra cosa que un embolico”.

Todos estos problemas se evitarían si se aceptase lisa y llanamente que, en ciertas zonas de Aragón se habla mayoritariamente en catalán, idioma que se considera como propio y del que yo personalmente he publicado en distintas ocasiones y medios de comunicación, es un idioma que hablo, leo, escribo y amo, idioma que como todos pertenece a las personas, no a los territorios y que por tanto no es catalán-catalán o catalán-aragonés, sino catalán que muchas personas confunden en Aragón con estas “modalidades lingüísticas propias, originales e históricas”.

Todavía hay tiempo de que la recién aprobada Ley de Lenguas sea de provecho si, como se comenta de Romanones, cedía a sus adversarios el articulado de las leyes reservándose, eso sí, la redacción de sus normas de aplicación o reglamento.

Éstas son mis reflexiones ante una Ley que se considera muy política, poco social, difícil de aplicar, y que yo creo posible sólo si, dejando de lado partidismos y resquemores, se aceptaran las modificaciones que expongo en las anteriores líneas, dentro de un contexto más amplio que yo llamaría la “Doctrina Arnal”, por ser fruto de las reflexiones y publicaciones de esta autora ribagorzana.

El Rey, en la ‘cumbre’ iberoamericana

Por Fernando JÁUREGUI

ME dicen que el Rey estará presente, si no surgen complicaciones en su salud, en la ‘cumbre’ UE-América Latina, que tendrá lugar en Madrid en la próxima semana, del 17 al 19 de este mes. Si así fuese, será una buena noticia: Don Juan Carlos, por posición institucional, pero, más aún, por méritos personales y por razones también coyunturales, es la cabeza, ni reconocida oficialmente ni constitucionalmente instaurada, pero sí de hecho y casi de derecho, de una especie de comunidad de intereses económicos y culturales llamada Iberoamérica. Los distintos gobiernos españoles, contra viento y marea, se esfuerzan en mantener en pie esa comunidad, en la que a veces se olvida el hecho de que América Latina no es una, sino una pluralidad diversa, muy diversa, que incluye desde la ‘europeizada’ Chile hasta la realidad bolivariana. Y, guste o no a algunos, el Monarca español es hoy el único referente común de esa comunidad iberoamericana. Sospecho que ésta es una más de las facetas clave en el papel que representa Juan Carlos de Borbón. Cierto es que el Príncipe, gracias a una elemental visión de Estado, fue convertido en el encargado de representar a España en las tomas de posesión de los nuevos presidentes de las repúblicas latinoamericanas, pero ésta es una inversión de futuro; de momento, el Rey es quien encarna la visión tradicional, y moderna, de España en América. Es una más, ya digo, de las facetas que le toca representar al jefe del

Estado español. Cuyo papel institucional, externo e interno, sigue teniendo una crucial importancia.

La diplomacia española ha puesto unas esperanzas muy especiales en esta ‘cumbre’ UE-Iberoamérica. Es el momento culminante de la presidencia española de la UE, que ha quedado bastante deslucida por diversos motivos, desde la entrada en vigor del Tratado de Lisboa hasta la crisis total de la economía griega y sus consecuencias en los restantes miembros de la Unión. Que el Rey encabece esta reunión, a la que asistirán los jefes de Estado latinoamericanos -no todos, desde luego, ni los más significativos de las posiciones más ‘duras’- es importante: Zapatero no encarna todas las ‘sensibilidades’ latinoamericanas, y el Rey, al fin y al cabo, ha sabido remontar incluso hasta los efectos de aquel ‘¿por qué no te callas?’ lanzado a la cara de Hugo Chávez en la ‘cumbre’ latinoamericana de Santiago de Chile, y hoy mantiene excelentes relaciones personales con todos los mandatarios del subcontinente. Personalmente, me alegra mucho la recuperación del Rey de la súbita y no del todo bien explicada operación quirúrgica que sufrió este sábado. Juan Carlos de Borbón -lo digo, lo confieso, desde mis planteamientos monárquicos- sigue haciéndonos mucha falta a los españoles. Lo que no quiere decir que no haya que empezar a pensar en el futuro, acaso pasando, incluso, en su día, por una oportuna abdicación, para la que, sin embargo, me parece que no ha llegado el momento, digan lo que digan los rumorólogos y los conspiracionistas de la Villa y Corte.

No con nuestros impuestos

Por Consuelo SÁNCHEZ-VICENTE

A cualquiera que le pregunten, oiga, está usted de acuerdo con retrasar la edad de jubilación (o congelar su sueldo, o subir algo pro-por-cio-nal-men-te los impuestos, con sacrificios así) para hacer sostenible el sistema de pensiones públicas (o para que todos los viejecitos tengan ayuda o residencia por la ley de Dependencia, o para que en los hogares con todos sus miembros no falte el subsidio, o para cubrir los recursos humanos y materiales de protección contra los malos tratos, para causas así). ¿A que cuesta pensar en alguien que respondiese una pregunta así con un no? Cualquiera diría que sí... si tuviéramos la garantía de que ese dinero era para esa cosa y el sacrificio se correspondía con el fin, claro. Ocurre, sin embargo, que corren tiempos en que recelar de la palabra de los dirigentes políticos es moneda común, y hasta lo único razonable me atrevería a decir; son cada día más los ciudadanos que recelan, con razón, de que los sacrificios que se nos piden no se vayan en dispendios, corruptelas o directamente en corrupciones. Y digo “con razón”, no porque yo sea de las que generalizan y tacha de corruptos a “los políticos”, ya he dicho aquí un buen montón

de veces que mi convicción y mi experiencia de muchos años de periodista política es que la mayoría de ellos son honrados y trabajadores, y solo una pequeña parte ‘golfos’. Doy la razón a los que mal piensan, porque la complacencia de los partidos con “sus corruptos” -cuando no la complicidad- hace que salvo excepciones queden impunes. Ricos e impunes. Para desánimo del simple ciudadano al que “crujen” si se pasa tres metros en el límite de velocidad o se equivoca (de equivocarse, no de ‘a ver si cuele’) al declarar sus impuestos.

En plena campaña del IRPF, argumentos como que los dirigentes de los partidos políticos no se emplean a fondo contra “sus” corruptos porque los ciudadanos no castigan en las urnas la corrupción política a mí me resultan insultantes y cínicos. Culpar a la sociedad de este cáncer de la democracia, la corrupción política, es indignante. Estos días vuelve a oírse en las tertulias, a propósitos de trajes, viajes o pisos, que igual da. Da igual de qué siglas se trate: todas tendrían que arrojar a “sus golfos” a las tinieblas exteriores sin dudar. Ocurre, claro, que la única forma de desmentir que a la gente nos da igual es no votar a los apañadores ni las siglas que les amparen. Vengan de donde vengan. Si no, tendrán razón al insultarnos los cínicos.

La izquierda y la economía

Por José Luis GÓMEZ

LA presión política y mediática sobre el presidente Zapatero se intensifica para que tome medidas, se supone que neoliberales, ya que la mayoría de los socialdemócratas se refugian en el silencio o en el escapismo. La izquierda tiene un gran problema, que no es sólo electoral, le falta discurso político y económico ante la crisis. Lo último que sabemos del secretario de Ideas y Programas y vicepresidente de la Fundación Ideas, Jesús Caldera, es que participó en un chat del canal www.psoe.es, en cuyo resumen se destaca la conveniencia de dar la batalla a los especuladores de forma concertada. No parece que así pueda llegar muy lejos el PSOE ni la socialdemocracia española. Incluso aunque el valor emergente del Partido Socialista, José Blanco, apele también al mismo discurso, al denunciar a ese gran ejército de hackers financieros que permanecen en el anonimato haciéndose llamar a sí mismos ‘los mercados’ y que se han aficionado a jugar a la ruleta con las economías de los países y con el bienestar de todos. Evidentemente, el problema de España no está solo en los especuladores, que a lo sumo estarían aprovechándose de una situación de debilidad. Cabe esperar más del PSOE y de su Gobierno que la identificación del enemigo exterior.

El hecho de que José Blanco sea el político mejor

posicionado ahora mismo en el Gobierno y en su partido dice mucho a su favor pero revela también que no hay un referente solvente ni al frente del Ejecutivo ni del Ministerio de Economía. Desde la marcha de Pedro Solbes, hay un gran vacío a la hora de encontrar un criterio económico sólido en el Gobierno, lo que podría indicar que ni hay un ideólogo solvente ni un intérprete creíble de su guión. Si en algún momento estuvo justificado un cambio en el Gobierno y de política de gobierno es éste.

Con ello no se trata de asumir el discurso catastrofista pero comprensible de la Oposición conservadora ni las presiones de los neoliberales que coquetean con la izquierda moderada, entre otras razones porque técnicamente no es necesario hacerles caso, en la medida en que el nivel de deuda de España sigue estando muy por debajo del de otros países industrializados, entre ellos Italia y Bélgica. El problema financiero es del déficit anual, que se ha disparado mucho y en muy poco tiempo, y que requiere una corrección inmediata, hasta conseguir que aumente el PIB, repunte un poco la inflación, se incremente la recaudación fiscal y se recorte el gasto público. Es evidente que hay que tomar decisiones, pero también se pueden tomar con criterios socialdemócratas, implicando por cierto a las administraciones territoriales gestionadas por el PP, que encierro siguen gastando y echándole la culpa al PSOE.